

La Acción Colectiva desde la Teoría de la Movilización de Recursos

The Collective Action from the Resources Mobilizations' Theory

Ignasi BRUNET

(Universidad Rovira i Virgili
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Área de Sociología)
ignasi.brunet@urv.cat

Alejandro PIZZI

(Universidad Rovira i Virgili
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
Área de Sociología)
alejandropizzi@urv.cat

Resumen

El artículo expone sintéticamente las distintas perspectivas de la Teoría de la Movilización de Recursos. La principal preocupación de esta teoría es estudiar la eficacia con la que las distintas organizaciones (que juntas conforman un movimiento social) hacen uso de los recursos disponibles para la consecución de objetivos, aprovechando las oportunidades políticas que se les presentan e interpretando discursivamente dichas oportunidades como tales.

Palabras clave

Movilización social, recursos, oportunidades políticas, marcos interpretativos.

Abstract

The article exposes synthetically the different perspectives of the Resources Mobilizations' Theory. The principal question of this theory is to study

the efficacy with which the different organizations to the social movement make use of the available resources for the attainment of targets, making use of the political opportunities that present them to him and interpreting this opportunities.

Key words

Social Mobilization, Resources, political opportunities, oportunidades políticas, interpretative frames.

1. INTRODUCCIÓN

La Teoría de la Movilización de Recursos plantea que el descontento, en cuanto expresión de conflictos estructurales, es una variable relativamente constante a lo largo del tiempo y que, por consiguiente, se trata de un factor inadecuado (porque no es discriminante) para una explicación satisfactoria de la emergencia de movimientos sociales. Por ello, esta teoría no se pregunta tanto por qué se movilizan los grupos o cuáles son los conflictos sociales que les dan origen, sino cómo se desencadena, cómo se desarrolla y cómo tiene éxito o fracasa la movilización, ya que su principal preocupación es estudiar la eficacia con que las distintas organizaciones (que juntas conforman un movimiento social) hacen uso de los recursos disponibles para la consecución de objetivos, aprovechando las oportunidades políticas que se les presentan, e interpretando discursivamente dichas oportunidades como tales.

La Teoría de la Movilización de Recursos entiende por movimiento social las conductas racionales de los actores colectivos que buscan insertarse en un sistema político, mantenerse y extender su influencia movilizand o toda clase de recursos, incluida, dado el caso, la violencia. Más específicamente, plantea que los sujetos movilizados buscan penetrar en el seno de un sistema político, persiguiendo de manera racional sus objetivos por medio de organizaciones (formales e informales) que facilitan los recursos a su alcance para lograr sus fines. Dentro de esta teoría pueden encontrarse sub-escuelas que se agrupan según hagan hincapié en los siguientes tres grupos de factores: a) las formas de movilización y organización a disposición de los contestatarios; b) la estructura de oportunidades políticas, y las constricciones que tienen que afrontar los movimientos sociales, y c) los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social que median entre las oportunidades y la acción.

2. LA SUB-ESCUELA ORGANIZATIVA DE LA MOVILIZACIÓN

Esta sub-escuela hace énfasis, como criterio de explicación, en las formas de organización (tanto formales como informales) a disposición de los contestatarios, que les ofrece recursos e incentivos para participar de la acción colectiva. Dicha dimensión constituye su piedra angular, y distingue en ella tres aspectos diferentes. En primer lugar, sus organizaciones formales. En segundo lugar, la organización de la acción colectiva, que refiere a la forma en que se lleva a cabo la confrontación con los antagonistas. En tercer lugar, las estructuras conectivas de la organización o estructuras de movilización, y que McCarthy (1996) las define como «núcleos socioestructurales cotidianos de micromovilización». Para este autor las estructuras de movilización, estudiadas en su reciprocidad con las oportunidades políticas y los procesos enmarcadores, permiten identificar configuraciones estructurales típicas, repertorios tácticos que pueden servir para caracterizar movimientos sociales concretos. Así, las estructuras de movilización dan cuenta de las modalidades por medio de las cuales el grupo movilizado adquiere el control colectivo sobre los recursos que necesita para su acción. En su extremo menos organizado se suelen situar las familias y las redes de amistades de las personas movilizadas, que conforman las estructuras más básicas de la vida cotidiana. Sin embargo, las redes de parentesco y de amistad rara vez constituyen las bases de las estructuras de movilización.

El próximo nivel de la estructura organizativa está dado por la presencia de redes informales, que sí fueron pensadas como estructuras de movilización. Buechler (1990) llama «comunidad de movimientos sociales» a las redes informales compuestas por individuos politizados y estructuras de liderazgos flexibles. Pero existe, también, otro tipo de estructura de movilización, que dispone de un grado de organización mayor, y que existen en el seno de organizaciones más amplias. Por ejemplo, están las estructuras de movilización que no tienen como base un movimiento organizado. Son los llamados «grupos intermedios», que generalmente proporcionan ayuda técnica, recursos, apoyos, etc., en el seno de movimientos concretos. Otro nivel, que avanza más en el grado organizativo, está constituido grupos articulados más formalmente, que funcionan como estructuras dedicadas a canalizar la movilización, y que la literatura los agrupa bajo el nombre de «movimientos sociales organizados», y que muestran una gran diversidad en su estructura institucional.

Kriesi (1996) afirma que el concepto de «movimiento social» no es lo mismo que «movimientos sociales organizados». Éstos son los pilares básicos de

las estructuras de movilización de un movimiento social, pero no los únicos. Según este autor podemos diferenciar cuatro tipos de organizaciones formales. En primer lugar, los «movimientos sociales organizados», que se caracterizan por movilizar a sus miembros encaminándolos a la acción colectiva, persiguiendo objetivos políticos. En segundo lugar, las «organizaciones de apoyo», que prestan una serie de servicios y contribuyen a mejorar la organización social y la logística de un movimiento sin tomar parte directamente en la movilización o acción colectiva. En tercer lugar, están las «asociaciones de movimientos», que ayudan a la movilización, pero lo hacen siguiendo una orientación de base o clientelar. En términos de Klandermans (1988), las asociaciones se ocupan de la «movilización del consenso», o de la activación del compromiso para el logro de un objetivo político. Por último, hay que señalar a los partidos y los grupos de interés, que persiguen metas políticas, pero se diferencian de los «movimientos sociales organizados» en que la obtención de sus resultados no depende de la participación directa de sus miembros, debido a que son grupos especializados en las prácticas de representación política. Por tanto, no se ven obligados habitualmente a recurrir a la movilización de sus bases como actividad esencial (aunque lo hagan ocasionalmente).

Para progresar en la definición de los conceptos que conforman el cuerpo teórico, hay que decir que el conjunto de «movimientos sociales organizados» de un movimiento social constituye su infraestructura, resultado del consenso y la movilización, esto es, de la construcción política. Por su parte, las infraestructuras de todos los movimientos sociales activos en un determinado contexto político constituyen el «sector de movimientos sociales». Y, finalmente, las infraestructuras de una familia de movimientos, como los llamados Nuevos Movimientos Sociales, representan un «sub-sector del sector de movimientos sociales». Todos estos niveles de la estructura organizativa están contenidos dentro del concepto de «evolución organizacional» de los movimientos, y los factores que determinan la acción de las organizaciones son internos (dinámica organizativa interna, tipo de movimiento en cuestión) y/o externos (condicionantes de carácter cultural, económicos y políticos), en la medida en que influyen sobre los incentivos de los individuos que integran tales organizaciones.

3. LA SUB-ESCUELA DEL PROCESO POLÍTICO O DE LAS OPORTUNIDADES POLÍTICAS

Esta sub-escuela constituye una corrección de las limitaciones del enfoque organizativo, porque éste suele marginar (relativamente) de sus análisis

el contexto socio-político de las relaciones sociales, priorizando los incentivos individuales. Así, Tarrow (1997) expone que el cuándo aparecen los movimientos explica en gran medida el por qué y el cómo. Y ese cuándo se refiere a la coyuntura que facilita la aparición de los movimientos. Es a esa coyuntura a la que el enfoque del Proceso Político califica de «oportunidades políticas». De este modo esta teoría incorpora las condiciones sociales y políticas del entorno como una dimensión constitutiva, inherente, de la acción colectiva. Siguiendo a McAdam et al. (1996), se entiende por oportunidades políticas a las probabilidades que los grupos tienen de acceder al poder e influir sobre el sistema político. Estas probabilidades, que son evaluadas por los protagonistas y constituyen los incentivos (externos) para actuar colectivamente, implican coyunturas que reducen los costos de la acción colectiva, en la medida en que los actores descubren aperturas institucionales, elites vulnerables o sinergias con otros procesos sociales.

Para analizar las oportunidades políticas se consideran variables estructurales, relacionadas con factores de cierta estabilidad. Para ello, se observan cinco dimensiones, aunque McAdam et al. (1996) sostiene que no hay un consenso unánime entre los investigadores respecto de cuáles serían las dimensiones relevantes de la estructura de oportunidades políticas. En primer lugar, el grado de apertura en el acceso a la participación política. Tarrow (1997), a partir de una sistematización de estudios empíricos sobre movimientos sociales, sostiene que la relación entre el nivel de protestas sociales y las oportunidades políticas no es ni positiva ni negativa, sino curvilínea. Esto implica que es más probable que el desarrollo de las protestas sociales ocurra en sistemas políticos caracterizados por una mezcla de factores abiertos y cerrados. En segundo lugar, influyen los cambios o realineamientos de los gobiernos o los realineamientos electorales, ya que el concepto de oportunidades políticas no abarca sólo a las estructuras formales, sino también a las estructuras de alianzas generadas por los conflictos, que contribuyen a la obtención de recursos y crean una red social favorable al grupo movilizado que les permite oponerse a las constricciones o limitaciones externas. En tercer lugar, se considera la disponibilidad de aliados influyentes. La existencia de vínculos entre las personas movilizadas y ciertos miembros del cuerpo político o estatal puede ofrecer una mayor probabilidad de éxito.

En cuarto lugar, las divisiones entre las elites dirigentes, o en el seno de las mismas, pueden generar contextos oportunos que incentiven la acción colectiva. De esta forma, si fracciones de la elite dirigente construyen alian-

zas con los grupos movilizados, los desafíos de estos grupos al poder político se combinan con la presión interior provocando mayores incentivos para participar del cambio social. Por último, se señala la capacidad estatal para reprimir los movimientos sociales y su tendencia a hacerlo. La «fuerza del Estado», en tanto su voluntad y capacidad hegemónica de apelar a la violencia para enfrentar los cuestionamientos sociales, define el escenario de oportunidades políticas que enfrentan los grupos movilizados. Al respecto, para Della Porta (1996), el tipo de reacción policial frente a las movilizaciones y las acciones colectivas constituye un indicador idóneo del grado de apertura o receptividad del Estado ante la protesta social. Así, el sistema político se puede convertir en más receptivo o más vulnerable, frente al reto que supone el surgimiento de movimientos sociales o grupos contestatarios, en función de los cambios en algunas de las dimensiones que conforman la estructura de oportunidades políticas. También es posible que las oportunidades políticas no sólo determinen el momento en el que pasan a la acción los grupos, sino también la estructura formal que adoptará la acción colectiva. Por ello se sostiene que la forma del movimiento social puede depender del tipo de oportunidad política aprovechada.

Un factor vinculado a las oportunidades políticas, y que constituye un recurso que facilita la movilización, son los repertorios de la acción colectiva. Tal concepto fue desarrollado por Tilly (1978), y hace referencia a modos recurrentes de acción colectiva que llevan a cabo los movimientos sociales, y que constituyen productos culturales aprendidos que surgen y cobran forma a partir de confrontaciones anteriores. Para Tilly (1986) los repertorios de la acción colectiva se van transformando en función de las fluctuaciones en los intereses, las oportunidades y la organización de los movimientos sociales. Este autor plantea que estas dimensiones se modifican debido a cambios estructurales que experimentan las sociedades en su evolución histórica. Por otra parte, la reproducción de ciertos repertorios se puede ver favorecida por ciertas oportunidades políticas y por el tipo de recursos que tienen a disposición los movimientos (Tilly, 2002). Estos repertorios se pueden comprender mejor a la luz de la matriz social en la que están insertas. Tal matriz tiene tres niveles. En primer término está el nivel normativo, que señala que la distribución de los repertorios de acción colectiva está en función de ciertas reglas y prescripciones existentes en una cultura, que determinan las formas organizativas que el actor puede emplear, y con qué finalidades (por ejemplo, modelos de acción apropiados para hombres, o apropiados para la acción política, o para mujeres, comu-

nidades rurales, etc.). El segundo nivel de la matriz social que contiene a las formas organizativas de los movimientos es el práctico. Aquí se hace referencia a que la distribución de los repertorios de acción colectiva depende del conocimiento que se tenga sobre los mismos; y que definen los modelos de acción disponibles. El tercer nivel es el institucional, que se refiere a los modelos que se imbrican con las instituciones públicas, fortaleciéndose de esta manera y volviéndose resistentes a los cambios.

Un concepto que vincula las oportunidades políticas con la movilización es el «ciclo de protestas» (Tarrow, 1997, 2002). Cuando se habla de protesta social se hace referencia a alguna suerte de disturbio colectivo del orden público, provocado por un grupo movilizado, en nombre de sus intereses comunes. Tarrow constata que bajo una determinada constelación de circunstancias, el conflicto protagonizado por uno o varios movimientos sociales se generaliza en el sistema social hasta constituir un ciclo de protesta, que constituye una fase de intensificación del conflicto y del enfrentamiento a lo largo del sistema social, incluyendo: 1) una rápida difusión de la acción colectiva desde los sectores más movilizados; 2) una aceleración de las pautas de innovación en las formas de acción colectiva; 3) una combinación de participación organizada y no organizada; 4) la creación de nuevos «marcos» que vinculan las acciones de grupos originalmente dispares entre sí, y 5) secuencias de interacción intensificada entre los grupos desafiantes y las autoridades que pueden culminar en reforma, represión y, en ocasiones, en revolución.

4. LA SUB-ESCUELA DE LOS PROCESOS COLECTIVOS DE INTERPRETACIÓN

Para esta sub-escuela el desarrollo de los movimientos sociales está determinado por acciones que se inscriben y transmiten culturalmente, dado que forman parte de la cultura pública de una sociedad, en el sentido de que cada grupo social tiene una historia y una memoria propia de la acción colectiva. De hecho, los individuos no pueden emplear rutinas de acción colectiva que desconocen, y cada sociedad tiene una reserva de formas familiares de acción conocidas tanto para los activistas y promotores como por sus oponentes, y que son productos/convenciones culturales que, aunque evolucionan históricamente, tienden a ser resistentes a los cambios. Tilly (1978) denomina como «repertorio de confrontación» a las convenciones generales de la acción colectiva. Por lo tanto, esta sub-es-

cuela resalta la dimensión cultural de la movilización, y se considera un correctivo necesario frente a las teorías que tienden a describir a los movimientos sociales como subproductos de la expansión de las oportunidades políticas o como consecuencia de un aumento de los recursos de las organizaciones y las capacidades de movilización. Zald (1996) sostiene que las oportunidades políticas y la movilización social son el resultado de un proceso de rupturas culturales que hacen aflorar a la superficie contradicciones que habían estado allí, latentes desde hacía tiempo.

Tales rupturas reformulan o cuestionan las definiciones estándar de la situación social que es objeto de críticas. McAdam et al. (1996) señalan que dichas transformaciones se deben a una compleja dinámica de psicología social denominada «procesos enmarcadores». Dicho concepto se aplica al estudio de los movimientos sociales, en la medida en que éstos intentan generar sentidos, de forma activa, para participantes, antagonistas y observadores. Así, «definen o asignan significados, interpretan los eventos relevantes y las condiciones dadas de modo que se acaben movilizando miembros potenciales, se consiga un mayor apoyo externo al propio movimiento y pierdan fuerzas sus oponentes» (Snow y Benford, 1998: 198). De aquí que, como los movimientos sociales rara vez ejercen incentivos selectivos o constreñimientos sobre sus seguidores, permitan desempeñar una función de liderazgo en la interpretación de la realidad colectiva con el objetivo de estimular la movilización y el apoyo social.

Desde esta perspectiva, una tarea fundamental de los movimientos sociales consiste en: 1) señalar agravios e injusticias; 2) vincularlos a otros agravios para visualizar una trama política más compleja de injusticias; 3) argumentar posibles soluciones a los problemas planteados, y 4) construir marcos de significados más amplios que puedan encontrar eco en la predisposición cultural de una población y transmitir un mensaje uniforme a quienes ostentan el poder, tanto políticos como otros grupos sociales dominantes, y es que es necesario «que hayan elementos mediadores entre la oportunidad, la organización y la acción, y estos son los significados compartidos y los conceptos por medio de los cuales la gente tiende a definir su situación» (Ibarra et al. 2002: 43). Para que exista algún tipo de movilización es imprescindible que la gente se sienta agraviada y crea que la acción colectiva puede contribuir a solucionar la situación.

Los marcos interpretativos de la acción colectiva son como lentes a través de las cuales se perciben las oportunidades, y enmarcan cognitivamente

te la acción colectiva. Constituyen metáforas específicas, representaciones simbólicas «utilizadas para representar conductas y eventos de forma evaluativa y para sugerir formas de acción alternativas. Los marcos cognitivos pueden definirse como los discursos culturales para describir significados compartidos que impulsan a las personas a la acción colectiva» (Snow y Benford, 1992: 137). Dichos marcos suelen tener dos componentes esenciales: el diagnóstico (definiciones del problema y sus causas) y el pronóstico (la definición de una estrategia apropiada para enfrentar el problema). Gamson (1988, 1992) desagrega estos componentes básicos en tres elementos: 1) la conciencia de la situación de injusticia; 2) la toma de conciencia de que es posible cambiar las condiciones sociales y/o políticas por medio de la acción colectiva, y 3) la construcción de una identidad, de un «nosotros» opuesto a un «ellos». Estos elementos constituyen las dimensiones básicas de los procesos enmarcadores, y completan el vacío teórico que tenía el paradigma de la movilización de recursos respecto de la dimensión cultural de la movilización.

5. CONCLUSIÓN

La teoría de la movilización de recursos original exageraba el peso de las decisiones estratégicas deliberadas, infravaloran las contingencias histórico-sociales, la dimensión emotiva de los sujetos movilizados y el carácter interactivo de la política de los movimientos. Sin embargo, rescataron teóricamente la importancia de los procesos organizativos. Por ello, su principal preocupación es estudiar la eficacia con que las distintas organizaciones (que juntas conforman un movimiento social) hacen uso de los recursos disponibles para la consecución de objetivos. Dentro de este énfasis organizacional, no es posible hablar de un movimiento social dado como una entidad homogénea, sin considerar las distintas orientaciones ideológicas, organizativas y/o estratégicas que conviven en su seno.

Dentro de esta teoría, la sub-escuela de las Oportunidades Políticas o del Proceso Político tiene más en cuenta la interacción y los efectos del entorno político. En este sentido, en el plano teórico, prioriza los incentivos sociales por sobre los individuales para explicar la acción colectiva, dado que los individuos se suman a los movimientos sociales como respuesta a las oportunidades políticas, y en su dinámica posterior crean nuevas oportunidades a través de la acción colectiva. De hecho, los movimientos surgen cuando se amplían

dichas oportunidades, cuando se demuestra la existencia de aliados y cuando se pone de relieve la vulnerabilidad de los oponentes. Estas oportunidades, que son evaluadas por los protagonistas y constituyen los incentivos (sociales) para actuar colectivamente, implican coyunturas que reducen los costos de la acción colectiva, en la medida en que los actores descubren aperturas institucionales, élites vulnerables o sinergias con otros procesos sociales.

Además, la movilización tiene una dimensión cultural insoslayable, y que constituye un proceso activo, creativo, constitutivo de la acción colectiva. Para la sub-escuela del Proceso Colectivo de Interpretación las oportunidades políticas y la movilización social son el resultado de un proceso de rupturas culturales que hacen aflorar a la superficie contradicciones latentes, y que reformulan o cuestionan las definiciones estándar de la situación social que es objeto de críticas por parte de los movimientos.

En síntesis, la evolución hasta la actualidad del paradigma analizado nos permite sostener que la clave explicativa no se ubica, ontológicamente, en los individuos sino en las redes de interacción social, y que el escenario cultural e histórico afecta a los mecanismos de la acción colectiva, a los actores, a la movilización, etc. En este marco, la explicación sociológica consiste en identificar, dentro de los procesos o episodios históricos analizados, cadenas causales formadas por mecanismos de acción que reaparecen en una amplia variedad de escenarios, pero en secuencias y combinaciones distintas, y por tanto con diferentes resultados colectivos.

BIBLIOGRAFÍA

- BUECHLER, S. (1990). *Women's movements in the US New Brunswick*. New York: Rutgers University Press.
- DELLA PORTA, A. (1996). «Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta», en McADAM, D.; McCARTHY, J., y ZALD, M. (Comp.). *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.
- GAMSON, W. (1988). «Political discourse and collective action». *International Social Movement Research*, 1, pp. 219-244.
- GAMSON, W. (1992). *Talking politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- IBARRA, P.; GOMÁ, R.; GONZÁLEZ, R., y MARTÍ, S. (2002). «El estado de la cuestión», en IBARRA, P.; MARTÍ, S., y GOMÁ, R. (Coords.). *Creadores de democracia radical*. Barcelona: Icaria.

- KLANDERMANS, B. (1988). «The formation and mobilization of consensus», en KLANDERMANS, B.; KRIESI, H.; TARROW, S. (Eds.). *International Social Movement Research. From Structure to Action: comparing movement participation across cultures*, vol. 1. Greenwich: Conn., JAI Press.
- KLANDERMANS, B. (1994). «La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos», en LARAÑA, E., y GUSFIELD, J. (eds.). *Los nuevos movimientos sociales*. Madrid: CIS.
- KRIESI, H. (1996). «La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político», en McADAM, D.; McCARTHY, J., y ZALD, M. (Comps.). *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.
- KRIESI, H. (1991). *The political opportunity structure of new social movements: its impacts on their mobilization*. Berlin, Abteilung Öffentlichkeit und Soziale Bewegung, Wissenschaftszentrum.
- McADAM, D. (1994). «Cultura y movimientos sociales», en LARAÑA, E., y GUSFIELD, J. (eds.). *Los nuevos movimientos sociales*. Madrid: CIS.
- McADAM, D. (1988). «Political process and the development of black insurgency, 1930-1970», Chicago, University of Chicago Press
- McADAM, D.; TARROW, S., y TILLY, C. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer Editorial.
- McADAM, D.; McCARTHY, J., y ZALD, M. (1996). «Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales», en McADAM, D.; McCARTHY, J., y ZALD, M. (comp.). *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.
- McCARTHY, J. (1996). «Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades», en McADAM, D.; McCARTHY, J., y ZALD, M. (comp.). *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.
- SNOW, D., y BENFORD, R. (1988). «Ideology, frame resonance, and participant mobilization», en KLANDERMANS, B.; KRIESI, H., y TARROW, S. (eds.). *From structure to action. Social movement participations across cultures*. Greenwich: JAI Press.
- SNOW, D. (1992). «Master frames and cycles of protest», en MORRIS, A., y McCLURG, C. (eds.). *Frontiers in social movement theory*. Londres: Yale University Press.
- TARROW, S. (2002). «Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación», en TRAUGGOT, M. *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*. Barcelona: Hacer Editorial.

- TARROW, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- TILLY, C. (1978). *From mobilization to revolution*. EEUU: Addison-Wesley Publishing Company.
- (2002). «Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña», en TRAUGGOT, M. *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*. Barcelona: Hacer Editorial.
- (1993). *European revolutions, 1492-1992*. Oxford: Blackwell.
- (1986). *The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle*. USA: The Belknap Press of Harvard University Press.
- ZALD, M. (1996): «Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos», en McADAM, D.; McCARTHY, J., y ZALD, M. (comps.). *Movimientos Sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo.